

## Conversaciones del Lunes.

Corroboración del adagio "el hábito no hace al monge" es un último suceso, por el que un cochero, almacenado á el nuevo uniforme de la clase, fue el héroe que se llevó las miradas y las imprecaciones —porque existen héroes imprecados— de una buena porción de los habitantes de esta Capital.

Ocurrióle al tal, repetir la hazaña de Napoleón en el puente de Arcole, y bravío como ese genio de la guerra, paróse en medio de la vía, desde los cuarenta siglos del pescante de su simón, á impedir la circulación de los tramways eléctricos. Los jamelgos fijaron en el suelo sus ocho miembros inferiores, con más arraigo que los postes del alumbrado eléctrico de Knight. Y el cochero se arrellanó en su asiento, con la misma perdurabilidad que diputado reelecto. Aquella mole obstruccionista, en la que tres animales hacían puja de obstrucción, parecía nativamente brotada de la tierra y á ella perennemente arraigada.

Y vino un coche automóvil, y en pos de él dos, y trás de ellos otros más, hasta llegar á treinta.

Todos tenían que enfilarse en inmóvil procesión, pues, por desgracia suya, y por ventura del público, no pueden torcer á derecha ó á izquierda, ni salirse de las rígidas paralelas de hierro que un benéfico genio les señaló. Aquellas corridas no corrieron, cohibidas por la fuerza mayor del ciudadano libre y soberano, que desde la altura de su constitucionalidad, coartaba la libertad de centenares de ciudadanos, hechos á semejanza suya, por virtud de la Carta Fundamental.

No fueron parte á ablandar ó aterrorizar al jacobino cochero, ni las súplicas, ni las amenazas de los pasajeros contra aquella prolongada estación. Un gendarme, con todas los miramientos acordados á quien disfruta de todos sus derechos, acercóse á instar que la vía fuese despejada, y por toda contestación obtuvo un fuerte latigazo, á cuyo escozor tuvo que emplear el derecho de la fuerza, ya que la fuerza del derecho había sido tan ineficaz. Al fin y al cabo, después de larga demora, logró reducir al orden al rebelde, quien ahincando á sus famélicas bestias emprendió una fantástica carrera, como jugador del match París-Berlín.

Como se vé, las chaquetillas grises, desde el matís perla hasta el matiz sapo, no han comunicado por endósmosis una buena índole, ni buenos modales, á sus insolentes portadores. Permanecen tan brutales como en los tiempos del Negro poeta. Y es que el "hábito no hace al monge," y que la educación de esos, truhanes de plazuela es obra de acción más interna que la provocada por un simple uniforme.

La sublevación de la gentuza, tan patente en los cocheros como en los criados domésticos, en los barrenderos como en los artesanos, consiste en que en sus rudos magües está encasquillada la idea de que son miembros de una democracia libérrima, en la cual todas las cabezas están niveladas por el rasero de la igualdad. Esto se les dice á toda hora, en cuantas fiestas cívicas se celebran ó improvisan, ya sea hablando del autodeño de Cuauhtemoc, ya del incendio de Granaditas, ya de la promulgación de las Leyes de Reforma. Y esa gente sencilla cree todas las cosas á pie juntillas, pues no podría comprender que la libertad es un derecho adquirido y no un derecho innato; y como esa cosas cree, se codea y se

mide y se sobrepone á cuanto ciudadano honorable se le afronta. Así se ha creado ese latente rebelión social, que divide profundamente á las clases, que indocilita á los que deben obedecer y degrada á los que deben mandar.

¡Fenómeno alarmante que vemos en la familia, en la escuela, en los talleres, en las oficinas públicas, en las trasiegos de las calles, y en donde quiera que pongamos la mirada! Obra es esta del jacobinismo, que por tantos años ha sido nuestro sistema político imperante. Para destruirlo hay que volver á inculcar al pueblo la obediencia y el respeto á la ordenación social, aún cuando sea necesario reprimir por la fuerza sus desbordamientos.

ANTONIO REVILLA.

### A ella.

Anoche lo comprendí:  
tus ojos me lo dijeron;  
no veré nunca premiado  
mi amor que vive en silencio!

Y vivirá... vivirá  
aun cuando viva muriendo;  
aunque tenga que ocultarlo  
en el fondo de mi pecho;  
aunque nunca te lo diga...!  
aunque sufra tus desprecios  
con la sonrisa en los labios,  
con el semblante risueño!

Y porque sufro y te adoro;  
porque amándote me pierdo,  
porque sentir necesito  
este cariño postrero....  
por eso ya tu presencia  
voy evitando, que temo  
oír de tu misma boca  
lo que tus ojos dijeron.

JESUS AMESCUA ARAGON.

## Los soberanos rusos EN COMPIEGNE.

El Czar Nicolás II y la emperatriz Alejandra Feodorowna, cumpliendo una promesa que hicieron cuando, en 1896, estuvieron en París, han sido en estos últimos días dos huéspedes de la Francia. En su nueva visita ocuparon el castillo de Compiégne, antigua residencia de los soberanos franceses.

Son grandiosos los recuerdos históricos que evoca esta mansión de reyes. En efecto, desde que Luis XV mandaba construir el castillo al arquitecto Gabriel, Compiégne ha tenido períodos muy brillantes: allí, el Delfín, más tarde Luis XVI, llegó, en medio de suntuosos festejos, á recibir á María Antonieta de Austria; allí Napoleón salió con ahinco á encontrar á la archiduquesa María Luisa y allí, para complacer á la nueva emperatriz y recordarle la mansión de Schoenbrunn, mandó establecer en los jardines, al pie del terrado ese vallado umbroso de mil quinientos metros, tan deliciosa para los paseantes, y cuyas vastas "feronneries" parecen desafiar al tiempo; y el casamiento de la princesa Luisa de Orleans, hija de Luis Felipe, con el rey Leopoldo I de Bélgica se celebró en la pequeña capilla que se apercibe, estrecha y profunda como un pozo, al extremo de la galería de las Armaduras. Así, pues, el viaje del Czar y de la emperatriz de todas las Rusias no será más que un episodio más agregado á esos fastos. Pero el punto culminante de la historia del castillo y de la ciudad, su época entre todas gloriosa, fué el segundo Imperio.

Napoleón III tuvo para Compiégne par-